

NUESTRA CIUDAD

POR ANTONIO AMETLLER

En verano, bajo los plátanos de la Rambla, es delicioso saborear el café. El cuerpo, laso por el baño de la mañana, se abandona a la pesadez de la hora soñolienta.

La bóveda de las ramas semeja un túnel, cuyo fondo, a lo lejos, cierra la línea de la escollera. En el cobijo de los parasoles, la tela listada amortigua la luz que reverbera en los tejados. Las sombras de las casas marcan ángulos en la calle. Hay un tráfico escaso en las calzadas. La ciudad sesteaba bajo el bochorno...

Nuestra ciudad es pequeña. Nació en el cuenco de unas montañas que se abren en abanico desde el tumulto pétreo de Las Comas, hasta la alegre sonrisa de la playa. Las montañas descienden hasta formar unos promontorios gibosos que, mar adentro, enmarcan la bahía, en un abrazo insinuoso. De la pasión de este abrazo y de la promesa de aquella sonrisa, el mar fecundo, engendró la Ciudad.

A lo largo de toda su historia, la Ciudad ha vivido y ha crecido con el aliento de tal paternidad. El influjo del mar, a través de los siglos, ha moldeado su vida, dándole linaje y personalidad. Por ese influjo se mantiene joven a sus mil años, con una viveza de espíritu que dimana del sabor picante de la espuma que le dió el ser. De sus orígenes, tomó el tono de la medida, el gusto epicureo por la vida y el gesto prócer de la hospitalidad.

De la experiencia de su larga vida, en la estructura de su carácter, cristalizó un fondo de ironía y espíritu crítico, que frena cualquier exageración en su norma de medida. Quizá aquel artista que esculpió aquella carátula que existe bajo la capilla de la esquina de la calle de Gerona, al modelarla con su rictus sardónico, quiso simbolizar esa faceta del carácter guixolense.

A cada etapa de su contacto con el mar, la Ciudad ha marcado un hito de su expansión, sea a raíz de su participación en la conquista de Mallorca, ya sea en su tráfico con América o a través de la exportación de los productos de su industria o bien en la explotación de los encantos de sus costas por el turismo.

A media tarde, el viento se ha colado por la Punta de Garbí y reanima el ambiente. La brisa agita las hojas pampinosas de los plátanos, cuya sombra filtrando la luz, marca guñón en el suelo. El sol en declive atempera

ESTAMPAS GUIXOLENSES EN UNA RONDA ESTIVAL

sus rayos. La brisa reaviva nuestro cuerpo y parece invitar al paseo por los alrededores de la Ciudad. Nos rendimos a la invitación y nos ponemos en marcha.

Por la calle de Clavé, antiguo portal de la muralla, llegamos a la Plaza de España, que abre su cuadrilátero a la mirada del Argos del campanario del Palacio Municipal, que corta inexorable el tiempo con el tic tac de su máquina. Los arcos que flanquean uno de los lados de la Plaza, en penumbra, son sonoros de nuestros pasos.

Nos adentramos por la calle de Goula. Algún caserón señorial, de ancho portalón y ventanas esculpidas, nos habla de un pasado pujante. Por una travesía mohosa, encaminamos nuestros pasos hacia la calle de la Bolta. La travesía se denomina el Call, de reminiscencias semíticas y evoca un pasado de tráficos y riquezas.

Por la calle de la Bolta, salimos a la Plaza del Monasterio, llena de Sol, que flamea en lo alto de la torre campanario. Bajo el follaje de los árboles, el agua, cantarina, desgrana notas de cristal.

La magestuosa arquitectura de los muros conventuales, alzan su mole parda en una superposición de volúmenes geométricos. Solo la sonrisa de los arcos de la Puerta Ferrada y los portales de San Benito y la entrada del convento, iluminan y suavizan con sus filigranas la adusta reminiscencia castrense de ese viejo monasterio fortaleza. La imaginación se complace en una reconstrucción ideal de esas piedras, en un remedo de viñeta antigua.

Hay un silencio evocador en esa plaza y un hálito de historia se desliza por el alma. Voces ancestrales proclaman una ejecutoria milenaria de contradictoria constancia guixolense.

El barrio del Monasterio, se extiende encaramado por la pendiente de San Elmo. Por una escalera encajonada entre tapias de piedra tostada, subimos a media cuesta. Las tapias, engalanadas de hiedra, encierran huertos monacales.

Desde allí, entre almendros y laureles, se divisa toda la perspectiva del Monasterio. Las líneas rectas y austeras, combinan un conjunto de severo empaque. La teoría de ventanas rompe la monotonía de los muros, donde campea el escudo de un abad. El ábside y la casa rectoral con su esbeltez, humanizan un poco la rigidez de las líneas conventuales. Los parasoles de unos pinos, verdinegros y mayestáticos, enmarcan la visión y

le infunden una noble gracia antigua.

Un empinado camino entre setos y pinares, conduce a la ermita de San Elmo, que se yergue blanca y solitaria en la cima de la montaña. A medida que vamos subiendo, las vueeltas del camino, abren a la mirada el panorama de la Ciudad, extendida a nuestros pies.

Alcanzamos la ermita, vigía alerta, sagrario de votos y oraciones marineras. Desde la terraza, por el sur, la vista se extiende hasta Tossa, que emerge en la colina. La costa, recortada, escarpada, en una policromía desbordada se yergue altiva frente al mar. No es la costa del este, suave y amable de S'Agaró y la Conca, que se entrega a la caricia jabonosa de las olas, sino un ímpetu geológico en agreste pugna de elementos.

Las montañas, selváticas, se precipitan tumultuosas al mar en un impulso contenido. Las torrenceras abren las breves sonrisas de las calas de oro, donde el mar se arremansa. Las aguas, mansas o agitadas, muestran una policromía fantasía de colores, donde la luz cambiante, matiza pincladas de óleos pastosos o diluidas aguadas.

Los ocreos de las rocas, encendidos por el sol, resaltan el verde de los pinos, que en porfiados equilibrios vegetan en las profundas simas. Las píteras, enraizadas en cualquier grieta, enarbolan el palio de su fruto, entre el acero de sus hojas.

El mar, alto, dilata su abrazo con el cielo, en una fusión de azules. La vela de un barco, la humareda de un vapor, son meras motas en la inmensidad. El viento levanta caballos de espuma, cual juguetones delfines....

Por el camino serpenteante, bajo pinos rumorosos, descendemos hasta el templete Rius. Allí, acodados al parapeto de la carretera, contemplamos la bahía. Un ciprés, a primer término, se recorta hierático en el cobalto del puerto. En el inmediato término, entre verjas, la nota italianizante de una villa y sus jardines, dan su lección de elegancia. Más lejos la masa de la Ciudad se apoltona desde las colinas, hasta el límite del Paseo del Mar.

Las colinas que la circundan por levante, de onduladas líneas, donde los pinos sombrean el perfil caprichoso de las rocas, rememoran a Longus y sus églogas. Entre los sembrados, unas casitas salpican de blancura el verde tierno de las viñas. Al fondo, la morada cadena de las Gabarras cierra el horizonte norteño.

El arco de la playa se dibuja preciso en toda su extensión. Las barcas, inmóviles en la arena, aguardan el beso de las olas en la singladura nocturna. Cerrando la playa, El Fortim, ese balcón guixolense, recorta su abandono en el fondo áspero de la cantera del puerto.

A nuestros pies, el Balneario San Elmo, es como un barco encallado entre arrecifes. Unas gaviotas planean por el espacio en un vuelo sutil.

El sol va decantando su ruta en busca de su ocaso. Un balandro corta la llanura del mar, enfilando la bocana del puerto. La vela, tirante, empuja la embarcación que abre un surco de espuma ante su proa. En el mástil, un grimpolón se tensa y destensa a las alternativas del viento.

De la ciudad suben los mil ruidos de la vida. Un claxon se mezcla con la música del Balneario. Unos coches cual juguetes, se deslizan por las calzadas del Paseo, que se abre en su bella proporción a nuestra mirada. El mar, rizado, caracolea por las rocas....

Descendemos por el camino en zig-zag. Hay risas juveniles en el Balneario. El muro marítimo ofrece un descanso a los transeuntes. Junto a su base, entre piedras, algunos pescadores tentan a los peces con las golosinas de sus cebos. El agua es transparente en los remansos, y las piedras y las algas dibujan arabescos cambiantes al estremecimiento de las olas.

El barrio marinero monta la escenografía de sus cúbicas moradas superpuestas, entre cuyos volúmenes, se adivina el trazado de sus calles en cuesta. El sol saca destellos de las cúpulas de azulejos, que reverberan cual faros encendidos.

El jardín se anima. Al linde de la playa, los pescadores en grupos, charlan animadamente esperando la hora de hacerse a la mar. El viento agita las ramas de los altos eucaliptos, en un susurro de letanía.

Es suave la cuesta hasta el Salvamento y la hora propicia al deambular sin prisas. Damos la vuelta a la torre de una gracia ochocentista, de estampa romántica. La cala donde se produjo el milagro del Santo Patrono de la Ciudad, abre el corte de su sima en el flanco de la roca.

El sol, en sus últimos destellos, tinte en naranja los altozanos del Molí de les Forques. La cantera del puerto, se enciende en oros cobrizos. En el albigie del puerto un velero

realiza las últimas izadas. Una cábria chirria impertinente en la calma densa del puerto, perturbada solo por el martilleo opaco de un calafate.

La Ciudad va quedando en sombras. El sol con pompas cardenalicias se esconde perezosamente tras las crestas de Las Comas. El viento, fofo, se acuna en débiles espasmos.

Es agradable descansar sobre el muro del Salvamento. Una sucesión de evocaciones se desliza por la pantalla del pensamiento. La génesis de la Ciudad se desarrolló aquí, en esta loma que avanza confiada dentro el mar. Si las montañas que delimitan la bahía, son los brazos que la tierra abrió a la posesión, esa loma fué el corazón que sintió el sortilegio del mar, rindiéndosele esclavo. La sagrada solera de los restos de los primeros guixolenses que reposan en esta roca, es el eslabón que sella el pacto nupcial entre la Ciudad y el mar.

La noche ha cerrado. La playa se anima. Las barcas van encendiendo sus luces para ir a la pesca, en animación de berverna. El viento se ha acostado y una calma sedante se extiende por la bahía. Una tras otra las barcas se ponen en marcha con rumor de motores. En su marcha las luces dejan una estela fosforescente en el agua. La luna, en creciente, sube cuesta arriba por la bóveda astrellada en busca de su cenit. Las farolas del paseo se encienden en explosión de luz y el faro del puerto guiña sus reflejos intermitentes sobre el agua.

Lentamente descendemos del Salvamento. El Rincón del Pescador, en penumbra, es ágora de vecinos que toman el fresco. El jardín, a oscuras, ampara madrigales. Algún coche al doblar la carretera, ilumina oblicuamente los árboles y las copas de los árboles se encienden en fugaces llamas.

El Paseo del Mar es una ascua de luz y movimiento. Las terrazas de los cafés invitan al aperitivo. La ancha avenida es rumorosa de paseantes. Hay paz después de la jornada de trabajo. En el extremo del paseo, un coral sale del fondo de una taberna aboveada. El alma guixolense canta al diapasón de su idiosincracia. Como hija del mar, es milenariamente joven, es secularmente bella. Su progenitor la sacó de la espuma, como a la diosa de Chipre, junto a la playa dorada y armónica del batir de sus aguas.

IMP. BARNES - PALAMOS

Miguel Dalmau

VINOS
COMESTIBLES
CARBONES
LEÑAS

J. Maragall, 55
SAN FELIU DE GUIXOLS

RICARDO PLA

Garrofers, 32 - SAN FELIU DE GUIXOLS - Teléfono 246

LAMPISTERIA - INSTALACIONES ELECTRICAS - CALEFACCION

DEPOSITARIO DE

CALENTADORES TERMOLEC

de la firma

Enclavamientos y Señales S. A.

BARCELONA

DISTRIBUIDOR DE LAS

Lavadoras «Progrés» y «Siricia»

al servicio del lavado más perfecto. De la casa

CROLLS

BARCELONA

A TODA MI DISTINGUIDA CLIENTELA LES DESEO UNAS FELICES NAVIDADES Y VENTUROSO AÑO 1954